

LAS CUEVAS DEL CEMENTERIO

Manuel Siles

Instituto de Estudios Almerienses

Diputación de Almería

Almería, 2003

Con la publicación de *Las Cuevas del Cementerio* por el Instituto de Estudios Almerienses concluye una larga travesía por el desierto del novelista Manuel Siles, a los diecinueve años de su muerte. Este escritor de Almería recibe por fin un reconocimiento y una consideración institucional de la que hasta ahora estaba privado. El tesón, la fe y la dedicación de su viuda Guadalupe Lucas y de su hijo Juan José Siles a lo largo de todo este período han sido sin duda fundamentales para llegar hasta aquí. Pero el hecho concreto, la inclusión de una obra de Manuel Siles en el catálogo de publicaciones del Instituto de Estudios Almerienses, se debe al conocido periodista, crítico y escritor Antonio Fernández Gil, “Kayros”, que ha puesto todo su peso en el empeño. Además, “Kayros” es autor del penetrante prólogo que acompaña al libro.

No puede decirse sin embargo que Manuel Siles sea un desconocido, ni que la crítica le haya ignorado. No, desde el principio, desde que publica su primera novela en 1955, *Amor Prohibido*, empieza a ser considerado como un escritor de garra y novedoso. Se cuentan entre estos críticos anteriores a “Kayros”, Rafael Vázquez Zamora, José Andrés Díaz, Pedro Antonio de Torres Rollón, Pedro Martínez Domene, Manuel Villar Raso, Joaquín Benito de Lucas y Federico Moldenhauer Carrillo.

El título de esta obra, escrita en 1960, alude a las cuevas que había a la salida de Almería en dirección al cementerio. Allí había antes y después de la Guerra Civil una población en condiciones ínfimas de vivienda e higiene. El relato se centra en un número de vecinos de este barrio y, principalmente en la familia de Roque, un niño de nueve años cuando comienza la acción. Esta familia tiene como progenitores a Luisa, madre de Roque y de varios otros hijos, la cual vive emparejada con Juan, al que Roque se referirá como su padre unas veces y como su padrastro otras. Muy pronto Roque empezará a trabajar en faenas de pesca en las playas de Almería, de la mano de Juan.

Durante ciento catorce páginas la historia nos ofrece un fresco de la vida de estos personajes, sus penas, alegrías, quehaceres, hábitos y oficios. Son estampas, episodios breves, sucesivos, continuos o discontinuos que nos hacen pensar en la técnica fotográfica del cine. La narración es en presente, en un aquí y ahora conversacional, patente ya en las frases iniciales de la historia:

“No puedes ir al colegio-me dice mi padre al oscurecer en la puerta de la cueva, cuando ya se ha lavado y está sentado en un cajón que le sirve de silla, frente a otro cajón que le sirve de mesa, sobre el que mi madre ha puesto la botella de vino, un vaso y un plato con aceitunas, que son la cena de mi padre...”(p.17).

Los habitantes de las cuevas duermen hacinados durante la noche, hacen sus necesidades en un evacuatorio infecto, y el día lo pasan casi todo al aire libre. Toda pudibundez está excluida de estas pinturas, en las que no falta la defecación, la masturbación, la felación y repetidas fornicaciones. Ojo, parece decirnos el autor, si es usted de paladar delicado, bien hablado y educado morigerado, no intente la lectura de este libro.

En esta sociedad marginal destaca el papel preponderante, fundamental, del cabeza de familia, siendo la madre la alumbradora y criadora de los hijos exclusivamente. Su lugar está confinado a este habitat, las cuevas, donde el sexo, el instinto de continuación y proliferación de la familia obliga e impulsa a los personajes con una fuerza irresistible, originada siempre en la mujer, en la hembra.

Las descripciones del más crudo realismo no impiden que progresivamente vaya ocupando espacio el contexto social y político. Hacia la página cincuenta ocurre un hecho histórico de primera magnitud para este país, y para estos marginados de las cuevas del cementerio de Almería en particular. Se produce la proclamación de la República, con la automática caída de la monarquía, el régimen ancestral de España. Las esperanzas y expectativas de la República contagian hasta los más humildes, o quizá más a los más humildes, manifestándose en forma de conversaciones; yo diría que debates, que tienen lugar a la puerta de las cuevas, en los cuales Juan, el pescador, va mostrando una sabiduría, una sensibilidad social hasta entonces insospechada. Los debates tratan del tema de la igualdad, la religión y la educación, dando en su conjunto a la novela un añadido carácter discursivo y polémico, en perfecta sintonía con las inquietudes de la época. Personaje destacado en estas discusiones es también el peluquero Ramiro, mucho más radical que Juan, siempre prudente.

“La peluquería de Ramiro”, dice el narrador, “es un sitio de reunión en estas tardes de verano. Pela y afeita Ramiro a los parroquianos que acuden a la cueva donde tiene instalada su peluquería, y al mismo tiempo habla, argumenta, acusa, critica, expone, pregunta, sugiere, levanta los brazos, el peine en una mano y la tijera en la otra, mira hacia lo alto como buscando inspiración y suelta otra parrafada: Estamos en la república, éste ya no es el gobierno de los señores, no, éste es el gobierno del pueblo; entonces, ¿qué esperamos?, ¿por qué nos conformamos?, ¿por qué vivimos en cuevas mientras los burgueses viven en palacios?”(p.63).

En la Casa del Pueblo se desarrolla otro vivo y apasionado debate sobre la justicia y la igualdad social que engarza exactamente con el clima de reivindicación que se vivía en los años treinta. Fiel a los acontecimientos que el propio autor vivió durante su infancia y adolescencia, la novela se hace eco de la llamada “Revolución del 34”, de las elecciones que dieron la victoria a las derechas, del triunfo del Frente Popular, y del estallido de la guerra, siendo evidente en este punto, que lo que había comenzado como una narración fotográfica, descriptiva, una pintura ácida del género de vida de los más desfavorecidos, ha desembocado en un alegato histórico.

Simultáneamente a dicha ampliación, se da un sesgo inesperado y desconcertante. A partir de aquí(p.119), la historia va a ser contada de una manera distinta. Desaparece la voz del niño-adolescente narrador y le sustituye la de su hermana Rosa, personaje del que ya conocemos su encaprichamiento con el bello Rogelio por un lado, y por otro, el asedio voluptuoso al que somete a Roque. La guerra tal y como la vive esta familia y otros habitantes de las cuevas, la vamos a ver por los ojos de Rosa, pero no enfocando lo que está pasando, sino contando, resumiendo lo que les acaba de pasar, en una serie de cartas a una supuesta amiga de Madrid, María Leoz.

Roque se libra de ir a la guerra alegando impedimentos físicos, pero los demás jóvenes serán reclutados y morirán en su mayoría. Por su parte Juan, el padrastro,

asumirá un papel activo de reformador, tratando de hacer realidad su utopía. Dirigirá la explotación comunal de una gran finca requisada, mientras el resto de la familia se aposenta en el suntuoso cortijo de un marqués de Almanzur, a unos pocos kilómetros de Almería. La convivencia de Roque, dieciséis años, con cuatro mujeres, pondrá de manifiesto la fuerza arrolladora del instinto sexual por encima de convenciones sociales y morales.

Ya en el tercer año de la guerra resurge la voz narrativa de Roque, alternando con su hermana, quien hará mutis después de hacernos saber que está embarazada, que las mujeres están otra vez en las cuevas y que tanto Juan como Roque están en prisión.

Durante la guerra la familia se ha habituado a vivir en una residencia con todas las comodidades, mientras que Roque ha adquirido un hábito de lectura y una base cultural haciendo uso de la biblioteca del marqués de Almanzur, llegando a soñar con hacer estudios a la terminación del conflicto.

Por su juventud, Roque permanecerá poco tiempo en la cárcel, pero a Juan lo retendrán durante un buen puñado de años, y será un hombre acabado física y mentalmente cuando lo pongan en libertad. Con la voz de Roque desde el momento en que sale de la cárcel (p 185), la trama recibe una inyección de interés. Estas personas, reintegradas a su modo de vida tercer mundista, tendrán que hacer lo imposible para sobrevivir. Roque, descartada ya su pretensión de estudiar, se ve obligado a retomar su oficio de pescador.

Rebrota en estas páginas el escenario mísero e infrahumano de las cuevas. Hemos vuelto atrás, a la miseria y a la promiscuidad. Pero están ocurriendo también cosas nuevas. Las mujeres, escasos los hombres, salen del suburbio para ponerse a trabajar en distintas ocupaciones en la ciudad. Beatriz, la que va a ser esposa de Roque, se mete a traficante, para terminar de estraperlista.

Las mujeres trabajadoras se irán incorporando paulatinamente a la órbita de la vida “castellana” o burguesa, por decirlo de alguna manera; y lo hacen, con Luisa a la cabeza, por la puerta de la Iglesia. No es sorprendente esta deriva para quien haya vivido aquella posguerra dominada por la cruzada enfervorecida y exaltada del nacional catolicismo, ambiente que el autor refleja en unas páginas magistrales:

“La religión era ... decir lo contrario de lo que se hacía; pero algo bueno habría en ella puesto que Dios la quería. Los pobres con su pobreza; los ricos con su riqueza. Los pobres con su ignorancia; los ricos con su cultura. No fornicar, no protestar, no desobedecer, no a todo. Sin embargo, me gustaban las iglesias; había en ellas un ambiente de grandeza superior a las medidas del hombre; había silencios, sonidos, olores y colores que superaban la fuerza del hombre (p.217). Y más adelante: “La ciudad buscaba religiosidad, asistía en masa a las misas, a las procesiones, a los rosarios... Era una ciudad amorfa... Ningún grupo, ninguna distinción, ninguna discrepancia... El mero hecho de pensar era crítica...” (p.262). Es la visión de un joven que se ha formado en un ambiente de libertad política y religiosa y que ahora tiene que callar para sobrevivir.

Es la soledad del discrepante la que nos pone de relieve el protagonista, acompañada de unas descripciones que constituyen un verdadero documento notarial sobre las abrumadoras campañas que llevaba a cabo la Iglesia entonces:

“Llegaban a la ciudad misioneros jesuitas montados en automóviles provistos de altavoces que gritaban: ¡Para los cuerpos la ración! ¡Para las almas la misión! Llegaban franciscanos, redentoristas, marianistas y dominicos... se cerraba la ciudad y enmudecía para que sonara la voz de Dios a través de las gargantas de los hombres consagrados. ¿Quién se atrevería a decir otra palabra? ¿Quién se atrevería a pensarla?”(p.263).

Roque se dejará llevar por sus tres mujeres-con las tres tiene trato carnal-, Luisa, Rosa y Beatriz, acompañándolas a la misa y otras funciones religiosas, si bien en su fuero interno, condenará el fanatismo de los ministros de la iglesia y cuestionará la pretendida infalibilidad de sus doctrinas.

En el año 42, la historia da otro sesgo(p.226), iniciando su trecho final, en el que el autor va a acelerar el paso del tiempo. Los años van a pasar más rápidamente. Roque es llamado a filas, en las que permanecerá cinco años. Y, paralelamente, la narración se aparta del ambiente de las cuevas para aproximarnos a la sociedad de la clase media almeriense. Roque militará de asistente de un sargento casado con una mujer atractiva; un matrimonio sin hijos, muy amigo de un capellán teniente, prototipo del vencedor doctrinario, con una buena dosis de celo vengativo. ¿Está Rita, la esposa del sargento, enamorada del joven Roque? Es una nota intrigante que cala todo este período, en el que se fragua el acercamiento de las mujeres de las cuevas a la clase urbana, hasta el punto de que Rosa, Beatriz y Luisa, contando con los suficientes ingresos, abandonan las cuevas para irse a vivir a un piso de la ciudad.

Allí reside también Roque cuando, en el año cuarenta y siete, le llega la licencia del servicio militar. Es joven todavía, veintisiete años, pero no lo suficiente para superar sus orígenes de paria. Está claro que la posguerra le ha arrojado otra vez al pozo de la indigencia, como vamos a ver pronto. La pesca sigue siendo su oficio, pero al tiempo las tres mujeres prosperan y empiezan a necesitarlo cada vez menos. Va dejando de ser el varón rey de la casa.

Ya en sus últimas páginas, la historia adquiere un tono trágico, encarnado en Javier Mensaque, perteneciente a una familia adinerada, enamorado de Rosa, a la que conseguirá arrebatarse de su medio. A Juan y a Luisa les sobreviene un final estremecedor, con escenas sobrecogedoras, mientras que Roque deja de ser de pronto el macho adorado, para retornar, a sus veintiocho años, a las cuevas del cementerio, donde encuentra, dice el autor, “gente nueva; sangre nueva”(p.329), haciendo caer el telón con esta nota de esperanza.

Las Cuevas del cementerio, documento sobre la vida del suburbio, es una denuncia de las condiciones sociales y políticas de una época concreta, constituyendo un testimonio histórico de creciente interés para las generaciones que no vivieron aquellos tiempos. Los personajes creados por el autor son profundamente humanos, en sus apetitos, en sus ilusiones y en sus perversiones y vilezas. Se trata sin duda de una fábula cruda, desgarrada, escrita con trazos precisos, vigorosos, impresionistas, destacando simultáneamente la variedad de técnicas con que está contada. En el catálogo del Instituto de Estudios Almerienses figura a partir de ahora un libro de extraordinaria fuerza y singularidad.

José Siles Artés
Madrid, 12-11-03

COMENTARIOS SOBRE LA OBRA DE MANUEL SILES.

Refiriéndose a *Amor Prohibido* en su prólogo(1955), dice el autor: “La escribí para presentarla a un concurso, en el que fue desestimada. Luego la di a unos amigos para que la leyeran y provocó en ellos una enérgica reacción de protesta... Lo guardé en un cajón... y allí estuvo olvidado durante cuatro años...” Entonces la envió a un autor, que se la devolvió sin más, y la da a leer a otros amigos que la elogian por las mismas faltas que los otros le señalaban. Lo califican de “libro buenísimo”. Y añade: “...es necesario recomendar que no la lean las personas cuya sensibilidad se daña con las asperezas ni aquellas otras que gustan de bonitas descripciones de avenidas arbóreas, puestas de sol y casas confortables...”

El uno de diciembre de 1955, en la columna “Publicaciones” del diario *Yugo* de Almería, aparece una reseña sin firma de *Amor Prohibido*, donde se hace la afirmación de que el autor: “es, sobre todo, un autodidacta, lo que perfila su ambiciosa talla de novelista”. El comentario resalta también el carácter marinero de la obra, su “extraordinaria predisposición para el arte de novelar”, su estilo “directo y sencillo”, su utilización del mito de Edipo y una nada clara alusión al entonces recién Nóbél de Literatura. Ernest Hemingway.

A comienzos de 1963, la revista *Destino* de Barcelona publica el acta del premio Nadal, que ese año ha sido otorgado a José María Mendiola. Entre los finalistas está Manuel Siles, con su novela, *Hombre 22*, de la que el crítico y miembro del jurado, Rafael Vázquez Zamora, hace el siguiente comentario:

El año siguiente Manuel vuelve a ser finalista del Nadal; esta vez con *La Arena*, y nuevamente Vázquez Zamora dedica a Manuel Siles una mención especial y de profunda penetración crítica:

En la cuarta llamada de Manuel Siles a las puertas del premio Nadal, con la novela, *Una línea que no se puede tocar*, el juicio de su valedor, es menos profesional, pero sí más solidario con la peripecia literaria del autor.

El 14 de Junio de 1984, recién fallecido Manuel Siles, publica el periódico *La Crónica* de Almería el artículo, “Adiós a un novelista indaliano”, por José Andrés Díaz. Es importante, creo, para rastrear la trayectoria del novelista, este trabajo. Dice Díaz que Siles frecuentaba la incipiente tertulia indaliana; que fue viendo cómo aumentaban las cuartillas escritas de su *Amor prohibido*, que leyó, que le impresionó, y que alentó a su amigo: “Le animé, y porque creía en él, le di un sincero y leal empujón, como dejando en gris desamparo a su propia sombra, volcado él al optimismo”. Y añade: “La obra se publicó, en la Editorial “Rumbo” de Barcelona en octubre de 1.951. Había tardado, pero tuvo la acogida que merecía”. Señala también JAD que el realismo desgarrado de *Amor Prohibido* se anticipa con ventaja a *La Familia de Pascual*, J. C. Cela y a *Cien años de soledad* de García Márquez.

En otro artículo-homenaje en *La Crónica*, fechado el 26 de agosto de 1985, Pedro Antonio de Torres Rollón pone el acento en la soledad del escritor Manuel Siles, a quien inserta entre los que iniciaron su formación antes de la Guerra y estuvieron

postrados en el monólogo desesperante, a solas consigo mismo y dándole lástima de los años del silencio, la generación perdida”.

Y esta lamentación es la que lleva también el título de tres artículos de Pedro M. Domene, aparecidos en el periódico *El Ideal*, los días 6, 13 y 27 de diciembre de 1987: “Manuel Siles, un novelista perdido”. Es un conjunto crítico, a mi entender básico, para el estudio de la novelística del autor. Domene hace también un juicio muy concreto sobre la suerte del novelista Manuel Siles, algún tiempo después. En su artículo, “Siles, la memoria perdida(29 de mayo, 1984-28 de mayo, 1989)”(*La Crónica*, 18-6-89), pone el acento en la falta de una correa de transmisión editorial en Almería. Este crítico tan dedicado a la recuperación y reconocimiento de valores literarios ingonorados por la Almería institucional tiene una indudable admiración por el estilo narrativo de Manuel Siles, como se ve en su comentario a *Alitur*, novela publicada por iniciativa suya en la editorial *Batarro*:

Han pasado diecinueve años de la muerte del novelista almeriense Manuel Siles, y por fin su ciudad, su provincia, lo incorpora a la galería de almerienses ilustres de las letras con la publicación de este libro. Ha sido una larga y dura travesía en la que han luchado infatigablemente su viuda, Guadalupe Lucas, y su hijo; Juan José Siles, quien en el año 97(*La voz de Almería*, 4 de junio), hacía una enérgica reivindicación con su artículo, “Trece años de silencio”.

CONFERENCIA de José Siles Artés